

SOBRE LA POSIBILIDAD DE LA ESTÉTICA COMO CIENCIA

(1970)¹

«Estos resultados me plantearon unas exigencias de desarrollo que interferían mi propia evolución intelectual, que en ese momento se hallaba en una fase de despliegue y de búsqueda de una orientación más concreta. Habida cuenta del carácter interdisciplinario del trabajo, tenía que decidirme por alguna de las direcciones que se apuntan en el mismo y optar, por tanto, por dedicarme a desarrollar uno de estos tres aspectos: el estrictamente estético; el psicológico, implícito en el desenvolvimiento individual de los sentimientos; o el sociológico, dado el condicionamiento y la configuración de los sentimientos del individuo por la acción social-objetiva exterior (esto es, por el proceso de socialización del hombre, que se cumple en el moldeamiento de la conciencia de cada individuo). Pero, al encauzar mi actividad intelectual por esta última vía, como más importante y básica, relegué este pequeño trabajo al olvido y a quedarse en mero proyecto.»

Eloy Terrón Abad

La verdadera finalidad de este pequeño trabajo consistió en servir para que el autor desarrollara y esclareciera su pensamiento sobre un tema determinado: la posibilidad de una ciencia que estudiara el conjunto de objetos clasificados como artísticos, considerados como la materialización del desenvolvimiento de la sensibilidad humana a lo largo de la historia.

Esa fue la razón de que una vez terminado quedase abandonado durante años a la “crítica destructora de los ratones”, parafraseando unas palabras que se han hecho célebres.² Sin embargo, la formación humana como la preocupación determinante que presidió su realización tiene hoy una vigencia mayor que nunca, al estar condicionada en última instancia por el rasgo esencial capitalista de la maximización del beneficio: ha destacado en la educación de los hombres el aspecto intelectual con total olvido del desarrollo de la sensibilidad; y ha conducido a situaciones tan inhumanas que han afectado -y afectan- al porvenir de la misma humanidad (las últimas guerras y la “crónica negra” que nos sirve la prensa cotidiana son un veraz testimonio de lo aberrante del sistema educativo actual y de su orientación).

Frente a esa educación unilateral, la preocupación por una educación armónica y total del hombre -una educación que fomentase el desenvolvimiento de todas las posibilidades humanas- me llevó a la indagación de la naturaleza y la evolución de los sentimientos y a orientarla a partir de tres supuestos básicos:

¹ Nota manuscrita, correspondiente a la introducción al libro *Posibilidad de la estética como ciencia*, en el que al final no se incluyó. Transcripción, edición y notas de Rafael Jerez Mir.

² El manuscrito del libro data de 1956-57; supuso un paréntesis en la elaboración de la tesis doctoral de Eloy Terrón (1952-57), para ocuparse de un problema que le planteó traducción de un librito de Winkelmann, *Reflexiones sobre la imitación de las obras de arte griegas en la pintura y en la escultura* (véase al respecto el texto «Autobiografía (Formación y desarrollo de la propia personalidad)», p. 12, en la sección de Escritos autobiográficos de esta Biblioteca de Eloy Terrón). {N. del ed.}.

- 1) que en las obras de arte se materializan los sentimientos humanos en los distintos momentos del desarrollo histórico del hombre;
- 2) que existe un paralelismo entre el desenvolvimiento del pensamiento humano plasmado y registrado en los libros y en toda clase de escritos en los que se pueden descubrir la aparición y el desarrollo de conceptos y categorías y el despliegue de la rica gama de los sentimientos humanos en las múltiples y diversas obras artísticas, desde la arquitectura a una sencilla canción;
- 3) que los sentimientos engendran nuevos sentimientos, de modo que las obras de arte, como materializaciones de los mismos, determinan en quien las contempla el germen y el desenvolvimiento de nuevos y más refinados sentimientos.

Este trabajo estaba condenado a quedarse en lo que es, un simple proyecto, una vez alcanzado su objetivo básico: descubrir la naturaleza común que subyace en todos los objetos artísticos y que es lo que les confiere la calidad de tales, al penetrarlos y vivificarlos. A saber: la sensibilidad humana. Pero el verdadero fruto de plasmar por escrito estas reflexiones fueron dos logros, secundarios: el considerar los sentimientos humanos como algo que surge en un momento de la historia humana y que evoluciona enriqueciéndose y desplegando las posibilidades que encierra, en su realización; y el entender la sensibilidad individual como condicionada por sentimientos expresos, manifiestos en los objetos de arte y en las acciones humanas mismas.

Estos resultados me plantearon unas exigencias de desarrollo que interferían mi propia evolución intelectual, que en ese momento se hallaba en una fase de despliegue y de búsqueda de una orientación más concreta. Habida cuenta del carácter interdisciplinario del trabajo, tenía que decidirme por alguna de las direcciones que se apuntan en el mismo y optar, por tanto, por dedicarme a desarrollar uno de estos tres aspectos: el estrictamente estético; el psicológico, implícito en el desenvolvimiento individual de los sentimientos; o el sociológico, dado el condicionamiento y la configuración de los sentimientos del individuo por la acción social-objetiva exterior (esto es, por el proceso de socialización del hombre, que se cumple en el moldeamiento de la conciencia de cada individuo). Pero, al encauzar mi actividad intelectual por esta última vía, como más importante y básica, relegué este pequeño trabajo al olvido y a quedarse en mero proyecto.

Tal es la razón de que no encaje bien en ninguna de las disciplinas existentes y parezca indefinido, aunque en mi opinión no ha perdido nada de su actualidad. Pero, por lo demás, siento que debo estar muy agradecido a los amigos Manuel Pizán, Manuel Portela y Jesús Ayuso, que han hecho todo lo posible para su publicación.³

Villafranca del Bierzo, septiembre de 1970

³ *La posibilidad de la estética como ciencia*, Madrid, Ayuso, 1970. (N. del ed.).